

lidad, respondia que, lejos de afligirse habia que regocijarse de ver á los rusos volver á entrar en el Norte, y librar de su presencia á Alemania. No admitia la diplomacia tal excusa, y se manifestaba que Francia habia tenido razon para reclamar la reunion del congreso, porque ante el congreso reunido, jamás se llevara á tan alto punto la audacia. No andaban distantes lord Castlereagh y Mr. de Metternich de pensar de igual modo. En tal situacion muchas gentes desalentadas suponian que nunca se llegaria á conseguir nada de los dos soberanos de Rusia y de Prusia; que no habia más que una manera de hacer que la razon prevaleciese, y consistia en separarse, en dejar solos á los dos usurpadores ante la opinion de Europa, y convocar un nuevo congreso que, revestido con un especial mandato, se presentaria fuerte con el sentimiento universal en su apoyo. Los espíritus más resueltos decian que no habia que retroceder un paso, que no se podia abrazar mejor partido que el de permanecer fieles á la declaracion de 8 de octubre y el de convocar el congreso el 1.º de noviembre, y entonces se veria si ante el congreso reunido se mostraban tan audaces los soberanos, cuya arrogancia á la sazón ya no guardaba mesura. Este sentimiento era el más generalmente dominante. Además se tocaba al 1.º de noviembre, y no habia que estar mucho en espera de la eficacia del medio propuesto.

El emperador de Rusia, siempre en representacion aunque muy sencilla de su persona, y contribuyendo así al aumento de gastos que por sus huéspedes prodigaba la corte de Austria, manifestó el deseo de hacer un viage á Ofen, en Hungría,

para dedicar unas honras fúnebres á su hermana, que habia fallecido siendo esposa del archiduque palatino de Hungría. Se queria presentar vestido á la húngara, y de las provincias limitrofes habia llamado á muchos griegos, eclesiásticos y seglares, porque entonces tan fijos tenia los ojos en el Oriente como en el Occidente. Así el emperador de Austria como otros principes se habian prometido acompañarle en este viage, que, requiriendo cuatro ó cinco dias, ya debia llenar los últimos de octubre. Antes de su marcha tuvo con Mr. de Talleyrand y Mr. de Metternich dos entrevistas, que causaron gran sensacion y no contribuyeron poco á dejar definitivamente señalada para el 1.º de noviembre la reunion general del congreso.

Se ha visto que para contrapesar la táctica de lord Castlereagh, propenso á sacrificar la Sajonia á fin de salvar la Polonia, Mr. de Talleyrand por conducto del principe Czartorisky hizo al emperador Alejandro insinuacion de que Francia por el contrario tenia más empeño en salvar la Sajonia que la Polonia, y que sacrificaría esta al emperador de Rusia, si el emperador contribuía á salvar aquella. Virtualmente no era conceder nada á Rusia, por estar inevitablemente ligada la suerte de la Polonia y de la Sajonia. Sin embargo, era un nuevo punto de vista que habia llamado la atencion de Mr. de Nesselrode, y que dió margen á una conferencia entre Mr. de Talleyrand y el emperador Alejandro. Mr. de Talleyrand consintió en solicitar una entrevista no más que por la forma, porque sustancialmente lo hizo solo en virtud de una insinuacion de Mr. de Nesselrode. Esta nueva entrevista del czar con el plenipotenciario francés



era la segunda en mes y medio de estar en Viena, y aunque Mr. de Talleyrand habia encontrado en las fiestas al emperador Alejandro, no le habia recibido en audiencia particular desde la visita ya narrada.

Ahora se mostró el emperador Alejandro ménos acre con el representante de Francia. Le expresó el sentimiento de no verle mas á menudo, á que respondió Mr. de Talleyrand con gratitud y dignidad, y de seguida sin perder tiempo abordó el gran asunto de todas las preocupaciones. Saber quiso el czar qué pasaba en el ánimo de los franceses, y cómo se podian manifestar indiferentes y tan de raiz en lo tocante á Polonia; y así dijo á Mr. de Talleyrand estas palabras. «En París os hallé completamente favorable al restablecimiento de la Polonia. — Seguramente, señor, contestó Mr. de Talleyrand en tono respetuoso á la par que firme, con verdadera alegría hubiera yo visto, y conmigo todos los franceses, el restablecimiento de la Polonia, pero de la verdadera Polonia. Al contrario, la que se proyecta ahora no nos interesa mas que muy medianamente. No tiene más valor que el de una cuestion de fronteras entre vos y Alemania, y á Austria y Prusia toca examinar si les conviene dejaros venir hasta el Oder. En semejante estado de cosas, nosotros como defensores constantes del derecho público europeo no podemos ménos de interesarnos por Sajonia.» Entonces Alejandro, que se contuvo al principio, en términos amargos y poco dignos de él, clamó que el derecho y los tratados eran vanas palabras, de que se servia cada cual segun sus conveniencias; que no seria juguete de las tales palabras, y que la cuestion no era de principios,

ni de derecho, sino de intereses, que cada potencia entendia á su modo. — Alejandro añadió que habia prometido á la Sajonia al rey Federico Guillermo; que no retiraria su promesa, que daba mas valor á su palabra que á aquellos pretendidos tratados que no eran mas que mentiras; que el rey de Sajonia era un traidor, por haber desertado de la causa de Europa, é iria á acabar la vida como prisionero á Rusia; y que no seria el primer príncipe sajón que hubiera expiado así sus pretensiones á la Polonia. — Mr. de Talleyrand, hasta donde se lo permitia el respeto, se mostró horrorizado de tales principios, y dijo lo siguiente á Alejandro. «La calificación de traidor no se debia jamás aplicar á un rey (que en todo caso no podia ser más que un vencido), y sobre todo jamás debia sonar en labios tan augustos como los de V. M. El derecho es cosa muy real y muy sagrada, que hace que no nos hallemos en estado de barbarie, y yo espero que V. M. lo reflexionará mejor antes de ajar así el unánime sentimiento de Europa.» Al llegar aquí dijo Alejandro bruscamente á Mr. de Talleyrand, que Inglaterra y Austria le abandonaban la Sajonia, y que su amigo el rey de Prusia seria rey de Prusia y de Sajonia, como él seria emperador de Rusia y rey de Polonia. — Inclínándose Mr. de Talleyrand severamente, le contestó que lo dudaba mucho, porque nada era ménos cierto que el consentimiento de Inglaterra y de Austria. — Entonces abreviando la entrevista, añadió Alejandro. «Aquí teneis intereses que os tocan muy en el alma (aludia á Mulat); la medida de mis complacencias hacia Francia dependerá de la medida de sus complacencias hacia Rusia.» Francia, replicó Mr. de Talleyrand, no



solicita complacencia alguna, porque no defiende en Viena más que principios. Harto significaba que no recurriría á los buenos oficios del czar en ningún caso.

Algo había calmado á Alejandro respecto de nuestra resistencia la que hallaba en todos. Así ahora manifestó menos acritud al plenipotenciario francés, si bien presentóse absoluto, mas aun que la vez primera, y hasta afectó en su lenguaje la concisión y la sequedad de una voluntad ya inquebrantable. Ante esta voluntad tan declarada, monsieur de Talleyrand, habilísimo como siempre, supo juntar al respeto una duda ligeramente irónica que le dispensaba de tomarla muy por lo serio.

En cuanto á la entrevista con Mr. de Metternich fué bien distintamente borrascosa. Los prusianos habían comunicado al emperador Alejandro el despacho de Mr. de Metternich expresivo de las intenciones de Austria, y testificante muy á las claras de los esfuerzos de la diplomacia anglo-austriaca por aislar á la Rusia mediante satisfacciones concedidas á Prusia. Este príncipe no era ya dueño de su emoción á pesar de sus propósitos de contenerse. No pudiendo versar su entrevista con Mr. de Metternich más que sobre la Polonia, dado que la Sajonia estaba momentáneamente concedida, se extendió largamente sobre este asunto, volvió á sus discursos acostumbrados sobre lo odioso de la antigua desmembración de la Polonia, y sobre la utilidad y la moralidad de una restauración de este reino, como si la reconstitución de una Polonia no independiente, sino súbdita del más pujante de los tres coparticipes de su territorio, se pudiera considerar como una reparación hecha á Europa.

Repetiendo Alejandro que era el llamado á ofrecer esta reparación por la extensión de sus posesiones polacas, le hizo notar Mr. de Metternich que también Austria poseía una gran porción del antiguo territorio polaco, y que se encargaría como otra cualquiera de una reparación que tan poco había de costar á la potencia reparadora. A estas palabras, no siendo ya el czar dueño de sí mismo, calificó la observación de falsa, de inconveniente, y se propuso hasta decir á Mr. de Metternich que era el único hombre de Austria que se atreviera á tomar con Rusia semejante *tono de rebeldía*. Por el arranque, se podía casi creer Mr. de Metternich ante Napoleon, cuando le amenazó durante muchas horas con todo su poderio, después de tratar de abrumarle con todo su talento. Mr. de Metternich no se amilanó de resultas; pero hondamente ofendido del lenguaje del czar, le dijo que si tales habían de ser en adelante las relaciones de los gabinetes, al punto iba á suplicar á su soberano que nombrara otro representante de Austria para el congreso. De aquella entrevista salió en un estado de emoción en que no se le había conocido nunca.

Mucho ruido hizo en Viena la relación de esta escena extraña. Se preguntaban que á qué levantarse contra Napoleon para volver á caer inmediatamente bajo un yugo tan duro como el soyo y más humillante, pues le faltaba aquel ascendiente prodigioso que durante diez años fué la excusa de Europa. Este mismo día partió á Ofen el emperador Francisco á fin de encontrar en Hungría á Alejandro, respecto del cual se hallaba en la situación más inaudita. De un mes atrás le tenía dentro de su mismo palacio como á los demás soberanos presen-



tes en Viena. De consiguiente experimentaba todas las molestias que la hospitalidad impone de suyo, y amenudo veíase en la necesidad de aparentar grande satisfaccion en el rostro, á la par que amargaba su corazon el mayor desagrado. Sin embargo, con su sinceridad llena de delicadeza el emperador Francisco dió al czar en la más suave forma una leccion muy merecida. «Después de una larga experiencia, le dijo, he tomado la costumbre de dejar que mis negocios sean dirigidos por mis ministros. Me parece la costumbre muy buena; porque nuestros ministros proceden con mayor libertad, armonía, calma, y conocimiento de las cosas que procederíamos nosotros. Por lo demás obran con sujecion á mis ordenes, á su modo sin duda, pero siempre en conformidad con mis intenciones, y en toda circunstancia podeis considerar su voluntad como la mia.» Imposible era sancionar mejor lo que Mr. de Metternich habia hecho, ni reconvenir más delicadamente al czar por la inconveniencia de su conducta. De seguida le habló el emperador Francisco de la situacion en términos generales, si bien con sumo tacto. — Le dijo que se debía á sus pueblos, á quienes se lo habia sacrificado todo hasta á su hija, y que cuando les hallaba zozobrosos, por necesidad habia de tomar en cuenta sus preocupaciones, y hacer cesar su causa. — Habiéndole contestado Alejandro que la conocida y probada lealtad de su caracter debería tranquilizar á todas luces al pueblo austriaco, le replicó el emperador Francisco. «Si, la lealtad de los principes, seguramente es una garantia, pero aún vale más una buena frontera.»

Mientras estos monarcas llevaban á cabo el

viage á Hungría, alternando las pompas fúnebres y las fiestas mundanas, mientras que Alejandro en particular prodigaba á los húngaros y á los griegos llegados á su encuentro caricias que no eran completamente desinteresadas, los diplomaticos de Viena se ocupaban en satisfacer el compromiso tomado para el 4.º de noviembre. Cada día se pronunciaba más la opinion por la reunion del congreso, aún distando mucho de estar acordes sobre las cuestiones más importantes. Pero tanta audacia habian manifestado los dos soberanos de Rusia y de Prusia así en sus actos como en su lenguaje, que absolutamente era forzoso hacerles sentir la autoridad de Europa, y no habia manera más natural de hacerse sentir ni más regular ni más obligada que la de congregar á la misma Europa en la persona de sus representantes. Como ya hemos dicho, no se podía á la verdad reunirlos en una especie de *constituyente* europea, á causa de que no les asistia un derecho igual de conocer y decidir á los unos sobre los asuntos de los otros, pero habia negocios comunes acerca de los cuales se debía solicitar el dictámen de todos, y los habia especiales respecto de los que era conveniente oír á los principales interesados y posible avenirlos. Finalmente, puesto que se habian citado en Viena para el arreglo de los intereses de Europa, cualquiera que fuese la manera de conferenciar, menester era llamar á los que la representaban, pedirles sus poderes, examinarlos, concertarse en punto al método del trabajo, y esto era cabalmente constituir el congreso, y proclamar la existencia en Viena de una autoridad legitima, indisputable, europea, cuyo gran ascendiente moral podía en ciertas cir-



cunstances precaver peligrosas perturbaciones.

Mr. de Metternich convocó el 30 de octubre á su casa á los ocho signatarios del tratado de París para consultarles sobre la ejecucion del empeño contraido en la declaracion de 8 de octubre. Expuso que aun no estaban resueltas las cuestiones graves que dividian á ciertos gabinetes, sin embargo de procurar su solucion de continuo; que ciertamente se llegaría á la avenencia; que sobre la importantísima cuestion de la constitucion alemana hallábase bastante adelantado el trabajo, y que se esperaba establecer un equilibrio germanico que contribuyera mucho al buen equilibrio europeo, pero que entretanto nada impedia convocar á los representantes de las potencias reunidos en Viena, pedirles sus poderes, examinarlos, y formar despues comisiones para distribuir los principales trabajos, que á su exámen debian ser sometidos.

Este parecer fué adoptado universalmente. Pero habiendo puesto Mr. de Metternich un esmero quizá exagerado en repetir que no se trataba de formar una asamblea única en que se deliberara en comun sobre los intereses de todos, con una autoridad igual y derivada del solo derecho de presencia, como en el parlamento británico por ejemplo, y habiendo añadido tambien que las comisiones no serian más que mediadoras encargadas de conciliar á los interesados, Mr. de Talleyrand, que no amaba al ministro austriaco, y que veía que se daba demasiado á restringir la soberania del congreso, le contradijo con enojo, y entre ellos se cruzaron palabras bastante acres, que aprovechaban totalmente á los prusianos y á los rusos, más no á

nosotros, porque en la politica adoptada de resistir á Prusia y á Rusia, muy especialmente, debiamos guardar contemplaciones á Austria. Por dicha no tuvieron consecuencia estos altercados personales. Se convino en llamar uno tras otro á los representantes de las diversas córtes, grandes y pequeñas, pedirles sus poderes, y someterlos á una comision de tres potencias formada á la suerte, que designó á Rusia, Inglaterra y Prusia. Si habia duda acerca de los poderes de alguno de los plenipotenciarios, lo debian participar á las ocho potencias signatarias del tratado de París que, habiéndose citado para Viena, se debian naturalmente considerar como autoridad dirigente, y aceptar el papel y la responsabilidad de esta categoria.

Mr. de Talleyrand se abstuvo de reproducir su principio de admision, que ya carecia de importancia; desde que la conservacion de la Sajonia y la expulsion de Murat vinieron á ser graves asuntos de negociacion que nó era posible resolver de una manera incidental á propósito de una simple cuestion de forma. Solamente se decidió que los plenipotenciarios, cuyos poderes no hubieran sido admitidos, asistieran, sin embargo, á las conferencias, dieran noticias, expresaran en suma los deseos de sus comitentes, aunque nó estarían autorizados para emitir eficaz voto.

Además se decidió que pudiendo engendrar dificultades embarazosas las cuestiones de precedencia entre las diversas córtes, todas las cuestiones de esta clase se aplazarian hasta el fin del congreso; que entretanto se admitiria á todas sin distinciones, y que el príncipe de Metternich ejercería las funciones y las prerogativas de presidente.



te del congreso, como representante del monarca en cuya capital se había reunido. Se juntaron los días siguientes á fin de fijar la manera de proceder sobre cada asunto. Para todo lo tocante á las convocatorias, á la distribución del trabajo, á la composición de las comisiones, á las formas de la deliberación, claro era que, habiendo tomado la iniciativa de la reunion del congreso, las ocho potencias signatarias del tratado de París debían seguir como autoridad dirigente; á la par que sobre la sustancia de las cosas, debiendo convertirse las resoluciones en tratados generales ó particulares, no podían resultar sino de un acuerdo libre entre las partes interesadas. Hallándose universalmente aceptada la autoridad de los ocho signatarios del tratado de París para las cuestiones de forma, ya había que nombrar las comisiones para las cuestiones sustanciales, y que nombrarlas no solo de interesados, sino tambien de mediadores capaces de avenir á las partes adversas.

Los negocios relativos á la futura constitucion de Alemania siguieron confiados á la comision compuesta de Austria, de Prusia, de Baviera, de Wurtemberg, de Hanóver, salvo la agregacion ulterior de otros representantes de los principes soberanos de Alemania, cuando se hiciera sentir la necesidad de su presencia.

De dos clases eran los grandes negocios territoriales de Europa, los del Norte y los del Mediodía. Más particularmente interesaban los del Norte á Holanda, Alemania, Sajonia, Polonia, y con mucho eran los más importantes y los más litigiosos. No se podia abandonar su exámen más que á las

principales potencias de Europa, á causa de tener las unas un interés territorial directo en las cuestiones suscitadas, y de tener las otras un interés de equilibrio y de estar por consiguiente en disposicion de ejercer una autoridad conciliadora. Se confiaron á las cinco mayores potencias europeas, á Rusia, Prusia, Austria, Inglaterra y Francia. Les tocaba decidir las cuestiones de Sajonia, de Polonia, y otras muchas referentes á los Países Bajos, á Hanóver, á Dinamarca, á Baviera, etc. Por consiguiente tenían la mision más difícil, y si llegaban á ponerse de acuerdo, nadie tendría motivo ni medio para disputar sus resoluciones.

Especial y casi exclusivamente se referian los negocios del Mediodía á Italia. Las dos potencias más interesadas territorialmente en los asuntos italianos, eran Austria y España, ésta reivindicando contra María Luisa el patrimonio de la casa de Parma, y contra Murat el reino de Nápoles. Tambien Francia estaba muy interesada en estos negocios, á causa de Nápoles principalmente, y tampoco eran indiferentes las de más grandes potencias europeas. Asi á España y Austria ideóse agregar la Francia, á Inglaterra y Rusia, que exentas de toda pretension territorial podian ser ménos contendientes y más mediadoras.

Suiza interesaba á toda Europa en el más alto grado. Se encargó á una comision, en que entraron Austria, Francia, Rusia, Inglaterra, que oyeran á los cantones, y trataran de conciliarlos. Finalmente, se formó una comision para lo concerniente á la libertad de los ríos, donde figuraban Francia, Prusia, Austria é Inglaterra, y una comision especial sobre la trata de negros, exclusi-



vamente compuesta de las naciones marítimas. Una vez efectuada la distribución del trabajo, se continuaron las negociaciones ya tan vivamente entabladas respecto de Sajonia y Polonia, y se empezaron sobre Italia y Suiza, de que se había hablado accidentalmente, aunque sin método ni poder.

Los asuntos de Italia presentaban dificultades de todas clases. Se necesitaba operar la incorporación del Génova al Piemonte ofrecida al rey de Cerdeña; poner de acuerdo á la casa de Parma, sostenida por España, con Maria Luisa, apoyada por su padre y por el emperador Alejandro; restituir al papa las Legaciones que Murat había ocupado; y por fin, satisfacer respecto de Nápoles á las dos casas borbónicas, y especialmente á la de Francia, por el cifrar casi su salvación en el destronamiento del cuñado de Napoleón.

Este último asunto era el más grave, y animaba singularmente á Mr. de Talleyrand, que había recibido misión especial de Luis XVIII para que se llevara á remate, y que un día y otro era estimulado por cartas muy apremiantes de este monarca. Todas las potencias deseaban la caída de Murat, y no ménos que las demás el Austria, porque veía en claro que el actual rey de Nápoles jamás viviría tranquilo; que en la agitación continua de que no podía abstenerse, siempre aspiraría á apoyarse en los liberales italianos, y de esta suerte sería en Italia una causa perpétua de disturbios. Sin embargo, personalmente comprometido Mr. de Metternich respecto de la corte de Nápoles, se quería ver libre del empeño por las faltas de esta corte; y como además había juzgado útil reunir doscientos

cincuenta mil hombres en Bohemia y en Galizia, no se quería ver obligado á juntar, por entonces, ciento y cincuenta mil en Italia. Así no cesaba de decir al representante de Luis XVIII, que había llegado á ser el mas impaciente de los diplomáticos por aquellos dias. «Sabed esperar, pocos meses transcurrirán sin que sean cumplidos vuestros votos. Ardientemente, más ardientemente que nosotros, sosteneis la causa de Sajonia; dejadnos terminarla, y no nos obligueis á resolver á la vez todas las cuestiones.» Estas palabras eran prudentísimas de seguro, porque en el estado de la Italia, con el descontento que la agitaba desde los Alpes Julia á nos hasta las Calabrias, exceptuando la Toscana, con un hombre tan temerario como Murat á la cabeza de ochenta mil hombres, reconciliado con Napoleón recientemente, no bastaban cincuenta mil hombres en la Italia, y á la verdad eran todos los que á la sazón podía tener allí el Austria. No tomando en cuenta Mr. de Talleyrand estas razones, suponía que algunos miles de franceses bastarian para dar fin á este negocio. A lo cual replicaba Mr. de Metternich que más allá del Rhin, contra los prusianos ó los rusos, siempre los soldados franceses permanecerian fieles á su bandera; más que en Italia se debía contar ménos con su fidelidad contra Murat, y contra Napoleón acaso. Por toda respuesta se quejaba Mr. de Talleyrand de la debilidad de Mr. de Metternich, llenando á Viena de murmuraciones ofensivas á su persona, y sobre los motivos que le impulsaban á contemplar á la corte de Nápoles, murmuraciones que herian al primer ministro austriaco, y perjudicaban extraordinariamente á los intereses de la legacion francesa, y



hasta al logro de sus votos más vivos y ardientes. Otro asunto excitaba á Mr. de Talleyrand en proporción de la importancia que le daba Luis XVIII, el de la traslación de Napoleón á las Azóres. Sobre este punto como sobre el de Nápoles, Mr. de Metternich, á quien no ligaba aquí el menor compromiso, lo propio opinaba que Mr. de Talleyrand y sustancialmente no formaba otros votos. Siempre había mirado como imprudente hasta el último extremo lo de situar á Napoleón en la isla de Elba, á cuatro horas de las costas de Italia, y á cuarenta y ocho de las de Francia. Pero, si no estaba ligado por compromisos, lo estaba por las dificultades que la cuestión ofrecía de suyo. En su política no se había dejado embarazar el emperador Francisco por los lazos del parentesco; sin embargo, distaba mucho de ser insensible á las afecciones de familia, y aún cuando no amaba á su yerno, jamás quisiera figurar como su verdugo, enviándole á perecer á un mortífero clima. Quizá no resistiera á una medida de prudencia determinada por sus aliados, más nunca tomara la iniciativa. También pensaba Inglaterra que no se podía dejar á Napoleón tan cerca de las costas de Europa, si bien consideraba el tratado de 4 de abril como un embarazo, á causa del parlamento británico, donde no era fácil conseguir que una falta de fé resultase aprobada. Así quería que se aguardase á que Napoleón ó aquellos á quienes se suponía sus cómplices, diesen algún motivo que justificara las precauciones que se tomaran en su contra. Por lo tanto no cesaba de reclamar de Francia el pago de los dos millones estipulados por el tratado de

41 de abril, á fin de que las potencias europeas no fuesen las primeras en violar este tratado. Sus colegas en Viena dirigian las mismas instancias á Mr. de Talleyrand, quien las trasmitia inútilmente á Luis XVIII. A cuanto contra la persona de Napoleón se ejecutase ninguna resistencia tenia que oponer la Prusia. Donde se hallaba el verdadero obstáculo era en la generosidad, el horror, y fuerza es decir, que asimismo en los cálculos del emperador Alejandro. Este príncipe era el verdadero autor del tratado de 41 de abril, y se le echaba en cara muy á menudo para que lo pudiese dar al olvido sin que le hiciesen mellas las objeciones dirigidas contra este tratado, á punto de honor tenia su observancia, y pedía su ejecución fiel de cotidiano, ya reclamando una dotación territorial para el príncipe Eugenio, ya apoyando el mantenimiento de Maria Luisa en el ducado de Parma, ya censurando amargamente la negativa del Tesoro francés á pagar el subsidio de 2.000.000. Añádase que no estaba muy contento del Austria para que la quisiera liberrar del tremendo vecino que le había dado, al situar á Napoleón en la isla de Elba. Hasta imprudentísimo había sido su lenguaje sobre este punto después de su reciente enojo con Mr. de Metternich, y tanto que dijo estas frases: «Se desencadenará á monstruo que mete tanto miedo al Austria y á otros» frases que resonaron con eco muy fatal en Viena. Pero se calumniaría á uno de los caracteres más nobles de los tiempos modernos, si se creyera que esta fué la única razón de Alejandro para oponerse á una violencia contra el prisionero de la isla de Elba. Por honor y gene-



rosidad jamás la hubiera consentido, y tan en así la creencia general que nadie probaba á hablarle de semejante asunto. En esta medida de prudencia se pensaba, sin atreverse á platicar de ella, por miedo de que se hiciera imposible de resultas de divulgarla; más sin tener aún abrazado partido, todos propendían á llevarla á remate, sin otra excepcion que la de Alejandro. Este era uno de los puntos numerosos acerca de los cuales decía Mr. de Metternich que se necesitaba saber contar con el tiempo. Como la desposesion de Murat y la traslacion del prisionero de la isla de Elba eran los asuntos más delicados de Italia, cuando por vez primera hablaron de ellos las potencias que tenían todos los de aquella region á cargo, Mr. de Metternich se halló en grande apuro. No dejó de alegar las complicaciones que tenía en Italia, lo cual le atrajo de parte de Mr. de Talleyrand una réplica desagradable. No obstante, según el orden geográfico, sola concecion que obtuvo del plenipotenciario francés, la cuestion de Nápoles venía á ser la última de las italianas. Por el orden citado la cuestion de Génova y del Piamonte precedía á todas, y así tratóse antes que otra alguna. Generalmente se estaba de acuerdo en ejecutar el tratado de Paris y en abandonar Génova al rey de Cerdeña por compensacion de Chambéry; más no eran del mismo dictámen los genoveses. En Viena tenían por representante al marqués de Briñola, personaje insigne por su cuna y sus cualidades, al cual se guardaban grandes contemplaciones, si bien no se admitieron sus poderes, por no reconocer á la república de Génova una existen-

cia política que por nadie le quería ser otorgada. Se decía á esta república antigua. «Os entregastes en 1705 á Francia; Francia los aceptó y desde entonces fué vuestra soberanía; y en 1842 usa de su derecho de soberanía entregandovos al Piamonte. No existis más que á título de provincia francesa, que ha podido ceder á Francia, cuya cesion hemos admitido de buena voluntad y sancionado.» A esta manera de discurrir se oponia Génova diciendo que se había entregado á Francia y no al Piamonte; y añadía con razon sobrada que no había abierto á los ingleses los brazos, sino bajo la promesa formal de lord Bentinck de que se de restituiria su independencia. Mucho se esforzó lord Castlereagh por hacer que los genoveses dieran oidos á razones; más sin cuidarse de si estaban ó no convencidos, la comision sancionó su agregacion á la corona de Cerdeña, con promesa de estipular garantías para su libertad y para su comercio. Tambien la cuestion del territorio genoves suscitaba dificultades; porque el tratado de Paris hablaba de la ciudad de Génova y no de su Estado; pero estas nuevas dificultades se zanjaron en virtud de la autoridad arrogada entonces sobre todos los pueblos de Europa, y el asunto de Génova fué terminado en dos ó tres sesiones por la comision encargada de las cosas de Italia. Tras de esta cuestion vino la del orden de sucesion en la casa de Saboya. Evidente era que el trono iba á quedar vacante; si no se aseguraba á la rama de Carínan, puesto que ninguno de los príncipes de la rama principal tenía herederos. Solo Austria pudiera disputar el orden de sucesion que se trataba de establecer, con la esperanza de alcan-



zar que por virtud de matrimonios llegara á ceñir la corona de Cerdeña una cabaza austriaca. Mas no se atreviera á declarar tal pretension en los momentos en que acababa de poner la mano sobre la mayor parte de Italia. No cuestionando nadie, sin dificultad fué admitido el voto de Francia, y á la rama de Carín se aseguró la sucesion al trono de Cerdeña. En el orden adoptado la tercera cuestion era la de los Estados de Parma. Apoyada España por Francia pedia que, á consecuencia de la restauracion universal que se consumaba en Europa, la casa de Parma recobrará su antiguo ducado, ó la Toscana, que bajo el título de reino de Etruria le concedió el primer cónsul á ruegos de Carlos IV, cuya hija habia hecho bodas con el infante de Parma. Nada habia que decir contra una reclamacion tan fundada. Con todo, habiéndose restituido la Etruria en virtud del principio de restauracion universal al gran duque de Toscana, no quedaba otra solucion que la de restituir Parma y Placencia á la reina de Etruria. Pero qué venia á ser entonces del tratado de 11 de abril de Maria Luisa, cuya dotacion reposaba sobre este tratado? (Segun ya hemos dicho al principio del libro presente, esta princesa hallábase en el palacio de Schoenbrunn, oyendo desde los aposentos que ocupaba el ruido de las fiestas consagradas á celebrar su caida, y aunque se haga difícil de creer, se dolia casi de no asistir á ellas. Tanto depravaba el fastidio á su débil y frívola alma. Lanzada sin que lo echara de ver, á abismo de las revoluciones, con la esperanza de cegar lo al dar mano de esposa á Napoleon, casi habia perdido en esta formida-

ble prueba la memoria, el sentimiento y la fuerza. Quebrantadísima hallábase la desdichada. No tenia mas que dos preocupaciones, el amor á su hijo, y la ambicion de poseer el ducado de Parma, donde queria retirarse, y cumplir lejos de las tempestades sus deberes de madre. Un instante pensó en trasladarse á la isla de Elba, mas costó poco disuadirla de tal designio, sin más que declararla que no podria llevar allí á su hijo amado, por ser barto peligroso dejarle en manos de Napoleon. Reducida á elegir entre el papel de madre y el de esposa, sin vacilacion optó por el primero, con una pesadumbre que aminoraba de dia en dia la presencia de Mr. de Nesperg, depositario de toda su confianza, segun queda ya dicho. Habiéndose enteramente sometido á la voluntad de su padre y á la de los soberanos aliados, suplicaba que en premio de esta sumision se le dejara vivir allí en paz y en el olvido del brillantísimo sueño que habia desvanecido su juventud por un instante. Sin duda fueran de desear en la esposa de Napoleon más enérgicos sentimientos; mas si la muger, con quien se habia casado por política, le abandonaba por debilidad, no tenia que lamentarse de la suerte; y preciso es mostrarse indulgentes con esta victima inmolada sin piedad por reyes y pueblos á su comun reposo, alternativamente elevándola al más encumbrado de los tronos, ó precipitándola por su ventaja del momento, sin cuidarse de sentir, de si vivia, de si desgarraba su corazon un dolor cualquiera, cual si fuera una hormiga que se aplasta con los pies sin dirigirla ni una mirada. Se hallaba pues en Viena, pidiendo la ejecucion de las promesas contenidas en el tratado de 11 de



abril á su padre, el cual pedíalo también á Europa.

¿Y quién no hubiera sentido conmiseración hácia esta infortunada? Cuando Mr. de Metternich decia á Rusia, á Inglaterra, á Francia, á España, que, despues de tantos sacrificios hechos á la política general, no se podía exigir de Francisco II que aún despojase á su propia hija, todos los asistentes se veían en situación muy embarazosa, sin excluir á los representantes de Francia y España. Rusia, esto es, Alejandro, queria que se cumplieran los empeños contraídos. Inglaterra pensaba que era difícil violarlos completamente. Lo que es por Francia á todo se prestara Luis XVIII, si se le prometiera la expulsión de Murat; y en cuanto á España, por espíritu de familia, mas bien que por adhesión á una hermana, á la cual no había amado nunca, reclamaba Fernando VII un pedazo cualquiera de los estados italianos. En tal disposición de los ánimos se discurría un acomodo, consistente en restituir Parma y Placencia á la infanta, antigua reina de Etruria, y en dar una de las Legaciones á María Luisa, con reversibilidad á la Santa Sede, que aguardara así la muerte de la archiduquesa para recuperar el territorio de que era legítimo soberano. Mas oponíanse á esta solución el espíritu católico del tiempo y el deseo de asegurar la prosperidad de la Santa Sede, que no se podía pasar sin las Legaciones para restablecer su hacienda. Sin embargo, según se ve, casi estaban á punto de entenderse acerca de la mayor parte de los asuntos de Italia, hasta sobre el de Murat, que por sus intrigas harto visibles había sido desde el principio sospechoso, comenzaba á pare-

cer delincuente, y pronto iba á figurar como reo para la política de Europa.

La comisión encargada de los asuntos de Suiza, hallólos en el estado ya descrito antes. Diez cantones, unos nuevos y formados de territorios súbditos hasta entonces, otros antiguos, si bien animados de espíritu de equidad, pedían el mantenimiento de los diez y nueve cantones, y la confirmación de los principios liberales del acta de mediación. En oposición se hallaban con otros nueve cantones, que formaban la parcialidad del régimen antiguo, donde como en monton figuraban el aristocrático canton de Berna y los cantones democráticos de Schwitz, de Uri, de Glaris, porque democracia no siempre quiere decir justicia, y á veces se ha visto á la democracia tan aferrada á las preocupaciones de lo pasado como la misma aristocracia. Según se ha dicho, despues de negarse á reconocer la dieta de Zurich estos nueve cantones, acabaron por rendirse, y pretendían que se les restituyesen los territorios de que antes habían sido poseedores, y que por consiguiente se les volvieran á adjudicar en estado de súbditos los cantones de Vaud, de Argovia y del Tesino. Sin cesar habían estado los dos partidos sobre las armas, tanto en el territorio de Berna como en el de Vaud, Argovia y Thurgovia.

Á los principios se quiso excluir á Francia de esta negociación espinosa, como de todas las demás, porque se deseaba anular su influencia en Suiza, lo mismo que en Alemania y en Italia. Mas por una extravagancia de la situación presente, Berna, canton aristocrático por excelencia, Lucerna y Friburgo, donde más dominaba el espíritu de



reaccion, á la par eran aquellos donde subsistia mayor adhesion á la Francia, por supuesto que á la Francia de los Borbones. Esta disposicion de ánimo debíase al gran número de militares suizos, que en otros tiempos habian servido en Francia, y que tras de adquirir allí grados, honores, fortuna, la conservaban una verdadera gratitud. Asi pidieron muy terminantemente que formara parte un plenipotenciario francés de la comision que tenia los asuntos helvéticos á su cargo, é imposible fué negarles la demanda. Mr. de Dalberg quedó elegido para representar en esta comision á la legacion francesa.

Esta intervencion de Francia produjo efectos excelentes. Cuando los cantones más pronunciados por la vuelta al régimen antiguo, tales como Berna, Uri, Schwitz, Lucerna, Friburgo, echaron de ver que Mrs. de Talleyrand y de Dalberg, á pesar de lo muy celosos por ellos, no se atrevian á sostener que tornaran á bajar á la condicion de súbditos los países de Vaud, de Argovia, del Tesino, y que se restablecieran las distinciones de clases en un estado republicano, se hallaron en situacion muy embarazosa, y dieron por perdida la causa de sus pretensiones. Asi, insistiendo el emperador Alejandro, fiel á sus sentimientos liberales, en que los diez y nueve cantones y los principios del acta de mediacion fuesen mantenidos, salvos algunos ligeros cambios, y no disputando Francia la justicia de una solucion semejante, se empezaron á someter Berna y sus asociados, y casi era positivo lo de llegar á un prudente desenlace. Admitido estaba que los diez y nueve cantones serian conservados; que los principios de la igualdad civil segui-

rian vigentes en el régimen interior de la confederacion; que alternativamente se daría la investidura de la autoridad federal á cuatro ó cinco de los principales cantones; y que de los sacrificios exigidos á Berna se le indemnizaria con el Potentruy ó con el obispado de Basilea, territorios quitados á Francia. A los demás cantones reclamantes se les otorgarian compensaciones pecuniarias por los territorios, que ya no podian volver al estado de vasallaje.

De consiguiente en via de solucion y resueltas la mayor parte estaban las cuestiones de Italia y de Suiza, excepto la de Nápoles, dejándose á Murat el cuidado de resolverla por sí mismo. En semejante estado de cosas, la Polonia y la Sajonia quedaban como únicos asuntos de desvelo de continuo persistentes, y tan agravados que no parecia sino que se tocaba á una conflagracion general.

Lord Castlereagh habia proseguido sus esfuerzos para separar á los ministros prusianos de su rey y del emperador Alejandro. Obligado Mr. de Metternich á plegarse á la política de lord Castlereagh, le habia apoyado con pesadumbre, porque el sacrificio de la Sajonia, aunque esencialmente condicional por su parte, le costaba mucho, y desagradaba por extremo á los austriacos, pues le juzgaban más peligroso que el de la Polonia. Sin embargo, las ardientes instancias de lord Castlereagh y los frios consejos de Mr. de Metternich habian producido algun efecto. Se dijo á los prusianos que el abandono de la Polonia era para todos los alemanes una desgracia, y para los prusianos en particular un grave peligro por su vecindad con la Rusia; que la última distribucion era mucho ménos



peligrosa. por haber dejado el Vístula como barrera entre la Rusia y la Alemania; que permitir á la Rusia pasar el Vístula, y entregarla sobre todo Varsovia, cabeza y corazon de Polonia, era facilitarle el medio de resucitarla, no para hacer una Polonia independiente, sino una Polonia sumisa, que en manos de los czares seria un esclavo valeroso lidiando bravamente por sus amos, y esforzándose continuamente por juntar sus esparcidos miembros, por arrancar la Galitzia al Austria, y Danzick, Graudentz y Thorn á Prusia. Se les dijo que si, al tiempo de la primera distribucion se mostró Federico el Grande tan solícito por ocupar una porcion de las provincias polacas, no fué sino para enlazar la Vieja Prusia á la Silesia, que de otro modo permanecieran completamente separadas, y presentaran dos lados de un ángulo recto, unidos por el seno tan solo; que establecida Rusia junto al Netza y el Wartha, entre Thorn, Bromberg, Posen y Kalisch, con solo dar un paso dividiria en dos á la Prusia de golpe, y dirigiéndose á Berlin dejaría á un lado la Vieja Prusia y la Pomerania y á otro la Silesia, á semejanza de dos ramas de un árbol separadas de su tronco; que cuanto se diera á Prusia junto al Elba, desde Wittemberg á Dresde, no bastaria á compensar el inconveniente de dejar en Posen á Rusia, y que en su mismo interés se debian negar á ello; que por lo demás no se les disputaba lo que apetecian junto al Elba; que Inglaterra y aun Austria les abandonaban la Sajonia, si bien á condicion de que se unieran á la causa de Europa, y se separaran del ambicioso aliado á quien se habian unido tan desgraciadamente; que en fin esta union consistia en la amis-

tad del rey al czar, pero que no se debía hacer depender de las afecciones de los príncipes la suerte de los pueblos, y que á los ministros prusianos tocaba ilustrar á Federico Guillermo, y resistirle si no alcanzaban á ilustrarle.

Estas consideraciones muy poderosas, especialmente para los militares, á quienes parecia muy peligroso el restablecimiento de Rusia hacia el bajo Wartha, produjeron cierta impresion en el ánimo de los ministros prusianos, que á su vez no dejaron de influir sobre su monarca. Asi creyó descubrir Alejandro, y se afectó profundamente, porque si se conseguia separarle de Prusia, se iba á hallar solo contra Europa, no teniendo ni el recurso de Francia, ya muy empeñada á favor de las potencias alemanas, y á la que de consiguiente no era tiempo de unirse. Reducido entonces á los límites de la distribucion antigua, se veria humillado ante los polacos, y constreñido á oír á sus súbditos clamar que nada habia ganado en las últimas guerras á pesar de haberles hecho correr los mayores peligros. Verdad es que podia citar las adquisiciones de la Finlandia y la Besarabia, pero cabalmente estas conquistas debidas á la alianza francesa debian ser la condena de su política de coalicion, y además para la ambicion nacional eran como para un estómago bien dispuesto una comida ya de muy atrás acabada.

En tan mala situacion proporcionóse una explicacion con el rey de Prusia por medio de una comida mano á mano, y desahogó su corazon hablando á la mesa á este príncipe con la mas extremada vehemencia. Le acordó los juramentos de amistad que á principios de 1813 se habian pres-